



Sainte Marie Eugénie de Jésus

18 de marzo de 1881

**Meditar en los sufrimientos físicos de Nuestro Señor
Debe suscitar en nosotras un amor lleno de compasión**

Mis queridas hijas:

Al meditar en la Pasión de Nuestro Señor, llegamos a sus sufrimientos externos. Podría detenerme, sin duda, en Nuestro Señor prisionero. Después de haber sido arrastrado ante los tribunales de Anás y Caifás, después de haber recibido los primeros insultos de los servidores, fue arrojado a una cárcel para esperar la mañana. Allí es modelo y consuelo de todos los que han sufrido el gran castigo de la prisión. En efecto, los hombres que necesitan aire, movimiento y luz, y que son encerrados en una prisión oscura, los hombres que tienen afectos y que son violentamente separados de ellos, experimentan grandes sufrimientos. Nuestro Señor quiso soportar estos sufrimientos para enseñarnos a santificarlos. Sin embargo, dejando a un lado todas estas consideraciones, paso a sus dolores físicos.

El dolor es una gran cosa en la vida: forma parte de nuestra prueba, pero sobre todo forma parte de la reparación y de la purificación de las almas. Encontraréis pocos santos que no hayan pasado por grandes dolores, tanto físicos como morales. Es el camino por el que Dios les ha conducido, sobre todo si han pecado. Sin duda hay excepciones; algunos, como san Francisco de Sales, que siempre llevó una vida inocente dedicada a Dios, tuvieron una existencia más sencilla, más fácil, menos afectada por el dolor. Pero ésa es la excepción. A veces veréis que incluso los más inocentes han pasado por grandes dolores, que les han servido para santificarse.

Nuestro Señor tomó para sí un dolor sin medida, un dolor que superaba todo dolor humano, en la crueldad, en la intensidad, en la burla y la inhumanidad con que era infligido. Así nos redimió nuestro Señor, así entró en su gloria.

El primer sentimiento que debe tener el alma a la vista de los sufrimientos de Nuestro Señor es la compasión. El amor de compasión es muy necesario para la santificación del alma. No es un alma cristiana, no es un alma piadosa, no es sobre todo un alma religiosa la que no siente, en lo más íntimo de sí misma, una profunda y tierna compasión por los sufrimientos que nuestro Señor padeció por nosotros.

La Santísima Virgen es un modelo de esta compasión. Cuando su Hijo estaba prisionero, su alma le seguía. Ella estaba presente cuando fue apaleado, arrastrado al torrente, pegado por un verdugo, entregado a una flagelación vergonzosa y cruel. La Santísima Virgen siguió a Nuestro Señor a todas partes, y sintió cada uno de sus sufrimientos.

Se cree que no estuvo presente en la flagelación, pero que, en un éxtasis que duró varias horas, presenció cada uno de los sufrimientos que padeció su Hijo.

Pero la compasión de María, que es la nuestra porque es la de una madre, una esposa, una virgen, un alma consagrada a Dios, es sin embargo menos nuestra que la compasión dolorosísima de Magdalena. Después de todo, fue por nuestros pecados por lo que nuestro Señor soportó todos estos sufrimientos. Lo que hacía tan dolorosa la compasión de Magdalena

era que se decía a sí misma: «Es por mí por quien sufre; son mis pecados los que han causado su dolor». Durante toda aquella terrible noche, Magdalena estuvo destrozada. Se preguntaba angustiada qué habría sido de su Maestro. Sufrió hasta lo más profundo de su ser. Al pie de la cruz, se olvidó de sí misma y fue, con toda la fuerza y el ardor de su corazón, a unirse a Jesucristo sufriente.

Con el paso del tiempo, y siguiendo el ejemplo de Santa Magdalena, ¡cuántos actos de amor, cuántos besos interiores se han depositado sobre las adorables llagas formadas por los azotes en el sagrado cuerpo de Nuestro Señor! Esto es lo que Jesucristo espera de vosotras. ¿Quién puede decir que su gran y única preocupación es profundizar en lo que Jesucristo sufrió por nosotros? ¡Quién puede decir que no tiene otro pensamiento que la inquiete, que la preocupe, que la haga recaer sobre sí misma! No debe ser así, hermanas mías; lo que debe estar en el primer plano de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, de nuestras preocupaciones, es una viva, tierna y profunda compasión por cada uno de los dolores de nuestro Señor.

Pensad en todos. Tomaré los primeros, ya que hemos llegado al arresto de Jesucristo. Luego, vedlo flagelado, coronado de espinas, clavado en la cruz, finalmente levantado de la tierra en medio de un dolor atroz, y expirando tras la agonía más dolorosa que pueda imaginarse. Digo la más dolorosa. Sé que los mártires también soportaron grandes sufrimientos, pero el cuerpo de Nuestro Señor fue más perfecto que ningún otro.

Su cuerpo, formado por Dios con un amor que supera el mostrado a cualquier otro, era el más perfecto de todos los cuerpos humanos. No era susceptible de ningún desorden y, por consiguiente, de ninguna enfermedad. Pero, debido a su perfección, era mucho más sensible, mucho más capaz de sentir dolor, mucho más capaz de sufrir que el cuerpo de cualquier otro hombre, porque ningún otro cuerpo tiene un instrumento tan perfecto para recibir el sufrimiento. Incluso entre los tipos de martirio, los sufrimientos de la cruz se consideran los más dolorosos de todos, y es asombroso que San Simeón fuera capaz de soportarlos a una edad tan avanzada. Nuestro Señor no tenía esa edad, pero su cuerpo era perfecto. Los soportó, y cada uno de sus sufrimientos estuvo animado por un amor especial. ¿Por quién, hermanas mías? Por cada una de vosotras.

Cuando meditamos la Pasión, debemos decirnos: «En todos sus sufrimientos, Nuestro Señor pensaba en mí». Cada una de sus heridas, cada uno de sus dolores, los soportó por mí. ¡Y yo no tendré suficiente amor para compartir sus sufrimientos! No debo perder de vista que Él quiso aplicar los frutos de sus sufrimientos a mi alma y a mi cuerpo. Este es un pensamiento común, hermanas mías. ¿Cuántas veces se ha derramado esta sangre divina y preciosa sobre nuestras almas? Se ha derramado tantas veces sobre cada una de nuestras almas, sobre la vuestra, sobre la mía, como se ha derramado bajo los golpes de los verdugos.

Calculad el número de absoluciones que habéis recibido, el número de comuniones que habéis recibido, el número de Misas que habéis escuchado, porque es la sangre de Nuestro Señor la que se derrama en la Misa, la que hierve en el altar, la que fluye en el cáliz. Jesús pensó en ti cada vez que fue golpeado, cada vez que fue herido; no guardó para sí esa gota de sangre, porque tú la recibiste. Cayó en tu alma y fue la causa de tu vocación, la causa también de la pobre medida de santificación que tienes. Por pequeña que sea, ¿crees que procede de ti? No, es fruto de la sangre de Jesucristo. Si has sido preservada de muchos pecados, es la sangre de nuestro Señor la que te ha preservado. Si esos pecados te han sido perdonados, es de nuevo la sangre de nuestro Señor Jesucristo la que los ha borrado.

En vista de esta sangre tan dolorosamente derramada por vosotras, ¿no tiene derecho nuestro Señor a decirnos: "¡Qué! ¿No puedes velar y orar conmigo durante una hora? ¿No puedes compadecerte de mis sufrimientos, sentir mi dolor, besar las huellas de mi sangre derramada por ti? Todo su cuerpo te es dado en tu crucifijo. Puedes poner tus labios sobre cada una de sus heridas, sobre la carne desgarrada por ti, sobre su cabeza herida de espinas, sobre sus pies y manos atravesados por clavos, sobre su corazón abierto por una lanza. ¿Acaso los afectos más tiernos e íntimos del corazón de una virgen y de una esposa no encuentran allí en qué gastarse?

Debería haber guardado todo esto para la fiesta de la compasión de la Santísima Virgen. Ya lo recordaréis. Mientras tanto, cuando meditéis sobre el santo sudario en el que Nuestro Señor quiso dejarnos la huella de su cuerpo, todo manchado y cubierto de sangre; cuando meditéis sobre la lanza y los clavos que hicieron estas llagas, sobre las cinco llagas que son fuente de salvación para el género humano, os diréis: "Fue el amor el que hizo estas llagas. ¿No entraré en ellas? ¿No ocupará este amor el primer lugar en todos los amores de mi corazón? No encontraréis santos que no hayan tenido a Nuestro Señor Jesucristo y a su crucifijo como el primer amor de su corazón. Si queréis ser santas algún día, debéis hacer lo mismo.

Bien podría añadir que meditar en los sufrimientos físicos de Nuestro Señor debería suscitar en nosotras otros dos sentimientos: la generosidad y la paciencia. Hablaré de ellos en otra ocasión. Por hoy, quiero dejaros con este único pensamiento del amor compasivo, del amor humilde a imitación de la pecadora, del amor de gratitud que debemos manifestar a nuestro Señor Jesucristo.

Hacéis a menudo actos de amor: diversificadlos para que sean más ardientes. Practicad el amor de adoración, el amor de complacencia, el amor de gratitud. Con respecto a la Pasión, dad a vuestro amor todas las formas propias de la compasión más profunda, más tierna, más amorosa, apegándoos a Nuestro Señor Jesucristo y a vuestro crucifijo de la manera más inviolable.